

Guerra y humanidad. A propósito de *Das Antlitz des Weltkrieges* y *Hier Spricht der Feind* de Ernst Jünger

NICOLÁS SÁNCHEZ DURÁ
(Universitat de València)

Ernst Jünger publicó tres fotolibros como editor literario a finales de los años 20 y primeros de los 30: *Luftfahrt ist not* [¡Necesitamos la aviación!] de 1928; *Das Antlitz des Weltkrieges. Fronterlebnisse deutscher Soldaten* [El rostro de la Guerra Mundial. Vivencias del frente de los soldados alemanes] de 1930 y *Hier Spricht der Feind. Kriegserlebnisse unserer Gegner* [Aquí habla el enemigo. Vivencias de la guerra de nuestros adversarios] de 1931. Voy a fijarme por razones de tiempo, aunque también por razones sistemáticas, sólo en los dos últimos que versan temáticamente sobre la gran guerra europea de 1914.

Cabe señalar que no existe ninguna edición de estos tres libros posterior a la primera. Incluso la edición crítica de las *Obras Completas* de Jünger de la editorial Klett-Cotta de Stuttgart no incluye por el momento ninguno de los escritos publicados en ellos, estando prevista su aparición, junto con los artículos periodísticos de juventud, a partir del año 2002. Son pues libros de muy difícil acceso y en breve la Universitat de València publicará un volumen con una selección de más de 150 fotografías y todos los textos de Jünger allí publicados traducidos al castellano¹. Como son libros prácticamente desconocidos, creo conveniente hacer una somera descripción de los mismos.

El volumen *El rostro de la Guerra Mundial. Vivencias del frente de los soldados alemanes* (1930) se compone del prólogo (quizá escrito anónimamente por el mismo Jünger) y de

¹ Cuando se publica este libro ya ha aparecido: Nicolás Sánchez Durá (ed.), *Ernst Jünger: Guerra, técnica y fotografía*, Universitat de València, 2000.

veinte artículos de diferentes autores de entre los cuales cinco —los núms. 2, 11, 12, 19 y 20²— están firmados por el autor de *Tempestades de Acero*. Además completan el volumen 200 fotografías seleccionadas por Jünger con pies de foto por él escritos como el colofón del libro se encarga de subrayar, una cronología de la guerra de 1914-1918, y seis mapas del frente del oeste, del este, de Italia, de Serbia, Rumanía y de la nueva Alemania después del tratado de Versalles. En segundo lugar, el libro *Aquí habla el enemigo. Vivencias de la guerra de nuestros adversarios* (1931), se presenta como volumen de cierre de una obra unitaria de título *El rostro de la Guerra Mundial*. Quizá Jünger concibió como único el primer libro de 1930 y fue más tarde, en 1931, al decidir componer y editar este segundo, cuando lo pensó como segunda parte del primero, o más bien los dos como obra única. En cualquier caso, este segundo se compone de una Introducción del filósofo y soldado³, de un prólogo firmado por un tal Richard Junior que enmascara a Jünger y de una selección de treintaiséis extractos de diferentes publicaciones de varios autores —naturales de los países de la coalición enemiga de Alemania— donde narrativamente se elaboran diversos aspectos de la gran guerra que aluden a la percepción del enemigo desde el bando contrario al germano. De igual modo que en el primer libro de 1930, Jünger es el responsable de la selección de las 150 fotografías que componen el volumen y de los correspondientes textos al pie, enfatizando en este caso el colofón tanto dichas actividades cuanto las fuentes de las que se nutre.

En ambos volúmenes la fotografía se considera el medio adecuado de expresión de la experiencia bélica y su reconstrucción. De hecho, en los colofones de los dos libros Jünger señala, con progresivo énfasis, la procedencia genérica de las fotos que utiliza (Archivo del Reich de Postdam, Gran Atlas Gráfico de la Guerra Mundial de la editorial Bruckman, Imperial War Museum de Londres, archivos públicos y privados...), pero no menciona ni una sola vez los autores o las agencias de las cuales las fotos proceden. Es decir, se señala

² Los artículos de E. Jünger son, por este orden, «Guerra y fotografía»; «Pelotones de asalto»; «El último asalto»; «Guerra y técnica» y «La gran imagen de la guerra».

³ Dicha Introducción la constituye un texto publicado en 1930 con el título «Guerreros y humanidad» en el primer número de la revista *Das Reich*.

el origen de las fotografías en cuanto documentos de archivo pero sistemáticamente se oculta o borra los que las realizaron, no considerándolas en tanto obra susceptible de ser imputado a un autor. Desconsideración de la autoría, énfasis en la actividad que supone el mero seleccionar y componer, al par que la combinación de imagen y pies de foto, son aspectos que ponen de manifiesto una moderna concepción de la fotografía como forma de expresión adecuada a la época de la técnica. Concepción no lejana, por cierto, de sectores de la izquierda política de la república de Weimar ideológicamente ajenos al Jünger de la época⁴. Así pues, ambos fotolibros son un lugar de excepción para dilucidar las concepciones de Jünger sobre la fotografía, aportando in *actu exercito* elementos de juicio imprescindibles que ilustran, complementan y amplían lo escrito al respecto en otros conocidos textos como *Sobre el dolor* o *El Trabajador. Dominio y Figura*. Ciertamente es que Jünger no es el autor de las numerosas fotografías que en ellos figuran, ni son éstos los únicos y en modo alguno escasos libros que en aquel período se compusieron utilizando el ingente número de clichés fotográficos obtenidos en el período de la guerra. Pero no es menos cierto que los textos e imágenes que en este libro se encuentran son de un interés excepcional al par que, en muchos aspectos, grávidos del siglo pasado y aun de nuestro presente, el cual prefiguran y diagnostican.

Éste es el contexto de un aspecto que quiero abordar. Aspecto que tiene como ocasión una intervención también fotográfica de un autor, hoy casi olvidado, al que Jünger se enfrentó directamente. Tal aspecto es su crítica al pacifismo abstracto y a la conceptualización de la guerra que este punto de vista hizo no sólo desde la democracia liberal, sino también desde la socialdemocracia y aun desde la izquierda radical bolchevique con motivo de la gran guerra europea.

Dos textos de ambos libros nos dan la pista de las mimbres de la polémica. El primero corresponde al artículo «Guerra y fotografía» publicado en *El rostro de la Guerra Mundial* y dice así:

Las fotografías que rememoran la miseria de la guerra tienen un valor especial, ya que la vida tiende a olvidar

⁴ Cfr. B. Werneburg, «Ernst Jünger, Walter Benjamin und die Photographie. Zur Entwicklung einer Medienästhetik in der Weimarer Republik», en Müller, Hans-Haralt y Segeberg, Harro *Ernst Jünger im 20. Jahrhundert*, Múnich, Fink Verlag, 1995.

relativamente pronto las dificultades superadas. Excluir tales imágenes ni puede estar en consonancia con la tarea de una colección de fotografías, ni, por otro lado y de la misma forma, tampoco puede estarlo la *pretensión de limitarse únicamente a ellas*, como ya ha sido intentado diversamente. Pues tanto el recurso a la aversión hacia el sufrimiento, por una parte, como la representación barata y color de rosa de un problema tan serio como el problema que toma cuerpo en la guerra, por la otra, se dirigen en ínfima medida a las cualidades propiamente morales del ser humano⁵.

El segundo texto corresponde a la Introducción del libro *Aquí habla el enemigo*⁶. Lo citaré en extenso:

Con demasiada claridad la experiencia de los últimos años nos ha enseñado que no hay ningún medio técnico que no sea susceptible de desempeñar también su papel en la guerra. No obstante, más significativo que el hecho de que todo avance técnico sea a la vez un avance bélico resulta la constatación de que fue la *ideología* del progreso, esto es, la del humanitarismo civilizatorio —el cual no tiene que ver ni lo más mínimo con la humanidad—, la que también les dio a los poderes combatientes el mejor motivo para una intensificación del enfrentamiento desconocida hasta entonces... La conciencia humanitarista se dirige a la imagen ideal de una especie humana uniforme, a un cosmopolitismo que no conoce ningún tipo de fronteras ni de diferencias. La guerra, el testimonio más incontrovertible de la desigualdad de la vida, se presenta en tal imagen como una situación respecto a la cual es preciso rechazar el tener cualquier participación y cualquier responsabilidad. Ello no impide, naturalmente, que se la sostenga con todos los medios. No obstante, tan sólo es posible como una guerra que se declara en defensa de los intereses de toda la especie humana. De aquí que no haya en esta época ningún poder que se atreva a confesarse como atacante y que no se ocupe en que se le capte combatiendo en una guerra de defensa, cuya finalidad no es a fin de cuentas la victoria, sino la paz, el progreso, la civilización o cualquier otra valoración teñida de humanitarismo que se simula ante la conciencia⁷.

⁵ E. Jünger, *Das Antlitz. des Weltkrieges. Fronterlebnisse deutscher Soldaten*, Berlín, Neufeld & Henius Verlag, 1930, págs. 9 y sigs.

⁶ Cfr. nota al pie núm. 3.

⁷ E. Jünger, *Hier Spricht der Feind. Kriegserlebnisse unserer Gegner*, Berlín, Neufeld & Henius Verlag, 1931, págs. 9 y sigs.

El primer texto de Jünger indica claramente que éste tiene en mente un cierto uso de la fotografía que en principio no rechaza —mostrar las imágenes más descarnadas del horror provocado por la guerra—, pero el cual estima inaceptable por parcial, pues el recurso a la aversión que tales imágenes suscitan le parece sólo dirigido «en ínfima medida a las cualidades propiamente morales del ser humano». En el segundo texto, el dibujo filosófico e ideológico de los que así usan unilateralmente la fotografía como crítica de la guerra se ve perfilado: el humanitarismo abstracto y cosmopolita que negando la guerra, sin embargo, la acepta bajo la máscara legitimadora de justa guerra de defensa de la paz, el progreso y la civilización.

Creo que hay evidencias suficientes para pensar que a quien Jünger se estaba refiriendo es al libro de Ernst Friedrich *Krieg dem Kriege!* de 1924⁸. Es necesario referirnos brevemente a este libro y su autor, pues el punto de vista de Jünger sólo se comprende recortando sus afirmaciones sobre el fondo de lo que a aquél subyace; así podremos calibrar hasta qué punto resulta vigente su diagnóstico del «siglo corto» como ha llamado Hobsbawm al siglo xx.

En efecto, el libro *¡Guerra a la Guerra!* de Friedrich tuvo una extraordinaria difusión en la Alemania de la República de Weimar y en la Europa de entreguerras, llegándose a editar once millones de ejemplares en más de cuarenta idiomas. Desde su misma composición ya se manifiesta su vocación cosmopolita y su voluntad de traspasar fronteras, pues en cualquiera de las ediciones siempre aparecía publicado en cuatro idiomas manteniéndose constantes el alemán, el inglés y el francés, variando el cuarto, que llegó a incluir el ruso y el chino. *¡Guerra a la Guerra!* es también un fotolibro, aunque de voluntad pacifista, causa esta a la que su autor dedicó su esforzado, valiente y arriesgado activismo político. El libro, dedicado a «todos los que proyectan y dirigen batallas, a todos los patriotas y a todos los Estados Mayores», se compone de una introducción escrita en tono y composición tipográfica muy del estilo propagandístico de la época no sin ciertas resonancias dadaístas; de algunos ejemplos de juegos, cuentos ilustrados y grabados que educan a los niños y jó-

⁸ Utilizo la versión inglesa, prácticamente una reproducción facsímil de un ejemplar de la cuarta a la sexta edición alemana, publicada por The Real Comet Press, Seattle, 1987. Edición al cuidado de Catherine Hillenbrand con el estudio introductorio «Ernst Friedrich Pacificist Anarchism» de Douglas Kellner.

venes en los modos y hábitos de la guerra; de un epílogo y, fundamentalmente, de 180 fotografías con sus correspondientes pies de foto. Estas fotografías, todas ellas aún hoy verdaderamente repulsivas para nuestros ojos, muestran los horrores y miserias de la guerra de la forma más descarnada e hiriente posible: trincheras repletas de cadáveres hacina-dos, cuerpos destrozados por la artillería, soldados esperando a morir sin remedio bajo el sol tórrido de verano debido al efecto de los gases, fusilamientos y ahorcamientos en serie de enemigos y desertores, pilas de niños armenios muertos por hambre y fuego, etc.

El método de composición de las imágenes no por sencillo carece de fuerza y convicción. Suele consistir en pares de oposiciones: por ejemplo, en la página de la derecha encontramos la foto de un hombre elegante en una cancha de tenis ataviado al efecto, su pose es exquisitamente saludable, distinguida, y el pie reza «Después de la guerra el príncipe de la corona alemana como arduo trabajador...»; por el contrario, en la página de la izquierda vemos la foto de un trabajador severamente mutilado que en un taller toma con un brazo ortopédico metálico a la altura del hombro un escoplo, el cual golpea con un martillo mientras que la leyenda del pie dice «... y el proletario mutilado en la guerra en su 'deporte' cotidiano». En general, los pies de foto se contraponen a las imágenes de manera que la combinación de unas y otros resultan en el desmentido, el develamiento del verdadero sentido, o el subrayado del cinismo, de las grandes afirmaciones patrióticas y morales del ejército, la Iglesia y los diferentes gobiernos y dinastías reinantes beligerantes.

Pues bien, quizá una de las secciones del libro de más intensidad visual es la serie de veinticuatro fotos que lleva por título *Das Antlitz des Krieges* (El rostro de la guerra). Esa sección, que, por cierto, no tiene la estructura retórica antes descrita, consiste en retratos de soldados espantosamente mutilados, a veces con tremendas oquedades en el rostro, en otras ocasiones con horrendas cicatrices y desfiguraciones después de las numerosas intervenciones quirúrgicas sufridas, pero todos ellos aún vivos de forma inverosímil, lo cual se percibe en su mirada. Los pies de foto se limitan generalmente a consignar el nombre del soldado mutilado, su oficio en tiempos de paz, la fecha y el modo en que fueron abatidos, el número de intervenciones médicas y la descripción de las heridas.

Recordemos ahora que el primer libro de Jünger —incluso el segundo que se presenta como volumen de cierre de una

obra unitaria— se llama *Das Antlitz des Weltkrieges*. Que Jünger debía conocer el libro de Friedrich es más que probable, no sólo porque en 1930 cuando él publica *El rostro de la Guerra Mundial*, ¡*Guerra a la Guerra!* había ya alcanzado su décima edición en Alemania, sino porque, además de su activa militancia en variados grupos y publicaciones de la extrema izquierda, Friedrich había fundado el mismo año 1924 de la aparición de su libro el Anti-Kriegsmuseum en Berlín, museo que había alcanzado tal notoriedad que posteriormente los nazis lo destruyeron la misma noche de 1933 que quemaron el Reichstag, apropiándose del edificio como sede de sus grupos de asalto.

Ahora bien, más significativo aún es el discurso que prologa el libro de Friedrich, discurso que encaja con el punto de vista que Jünger califica de conciencia humanitarista y cosmopolita que, al pensar la especie humana como uniforme, no concibe ningún tipo de fronteras ni de diferencias. En efecto, Friedrich comienza apelando a los «seres humanos de todos los países» o «a los pueblos de todas las naciones»⁹ y acaba con la exhortación «¡Madres de todos los países, uníos!» En el mismo sentido, en el epílogo tiene buen cuidado de señalar que si en el libro se expone principalmente la barbarie del militarismo alemán, ello tan sólo se debe a la facilidad de encontrar tales materiales gráficos al ser él «una persona accidentalmente nacida en Alemania», si bien «todas las naciones que tomaron parte en la guerra a lo largo de más de cuatro años cometieron asesinato por medio del fuego y del acero, del veneno y del gas». En cualquier caso, su llamada a todos los seres humanos se basa en un universalismo naturalista cuyo postulado es que desde los africanos hasta los esquimales y los asiáticos —explícita y vehementemente los invoca en el prólogo—, todos reaccionan igual ante el dolor y el placer y, por tanto, a todos vitalmente concierne luchar para acabar definitivamente con el asesinato en masa que es la guerra. Lo cual será posible si las masas proletarias se enfrentan con los nacionalistas,

⁹ Hay que señalar que mientras el texto inglés es generalmente fiel a la versión alemana del mismo, la traducción francesa varía notablemente con frecuencia. Así, en inglés y alemán se habla de «seres humanos» y de «países» (*Lands y Länder*), mientras que en el texto francés se dice «pueblos» y «naciones» (*Peuples y Nations*). En cuanto a la edición original, reúne los tres idiomas, más el holandés, doy por aceptadas por Friedrich todas las versiones.

con los militares, con la prensa, con los eclesiásticos pero, sobre todo y fundamentalmente, con la última causa de todas las guerras: el capitalismo, su concomitante explotación interior y la rapiña exterior que comporta la competencia internacional.

El punto de vista de Jünger es globalmente opuesto al de Friedrich, aunque subsisten ciertas coincidencias que muestran la cercanía en aquella época del filósofo soldado con el nacional-revolucionario Nieckish. En primer lugar, Jünger estima que «todas las épocas han tenido sus guerras», de manera que la guerra es un elemento irreductible de la existencia humana. Lo que entonces se debe preguntar no es tanto por qué la guerra en la época del imperio de la técnica —la guerra planificada de material— es total y masivamente destructiva¹⁰, sino por qué «se ha incrementado la crueldad del enfrentamiento», por qué «le corresponde una xenofobia entre las masas combatientes que es más fría y maligna que la existente entre tribus de nativos» o por qué ninguna de las guerras anteriores «se ha caracterizado por una manera de imaginarse al adversario tan rastrera como la nuestra». Y a esas preguntas no puede responderse tan sólo apelando en abstracto a la retórica patrioterá y heroica de estados mayores, gobiernos, iglesias, coronas o al afán expoliador capitalista como última causa.

Porque en ese plano, por lo menos en parte, Jünger y Friedrich estarían de acuerdo: si leemos que en esa terrible ferocidad la responsabilidad es de una «ideología» que «guarda íntimas relaciones con la democracia, con el poder internacional de la prensa, con la publicidad, con el dinero a fin de cuentas, con todo lo que en la guerra se caracteriza por asumir una posición de manera sucia» no podemos saber si el texto es de Jünger, Friedrich o Lenin. El caso es que pertenece al texto de Jünger que comentamos. Pero éste se separa esencialmente de Friedrich porque piensa que la denuncia de los que piensan como él, al silenciar lo fundamental, ocasiona un engaño aún mayor, ya que so capa de una última explicación inapelable no sólo no responden las preguntas pertinentes, sino que dejan el fenómeno inevitable de la guerra sin ningún tipo de control y abandonado a una desbocada crueldad donde no cabe ninguna li-

¹⁰ Lo cual, por cierto, analiza en «La gran imagen de la guerra» y en «Guerra y técnica», ambos artículos publicados en *El rostro de la Guerra Mundial*.

mitación moral. Pues el pacifismo de extrema izquierda al que Friedrich adhiere en la época¹¹ se sustenta en una suerte de trampa, ya que dice basarse en aquel universalismo naturalista cuyo postulado es la idéntica reacción del género humano ante el dolor y el placer, en una humanidad abstracta, aunque, a la vez, más allá de lo que dice en primer término, supone y afirma diferencias no sólo antagónicas sino irreconciliables.

En efecto, en *¡Guerra a la Guerra!* Friedrich arremete contra «los burgueses pacifistas que tratan de luchar contra la guerra con meras caricias, pastas de té y piadosos aspavientos». Por tanto, sus llamadas a todos los seres humanos, a todos los pueblos, se convierten de inmediato en llamadas al proletariado y tal transmutación sólo es comprensible —y no una llana incoherencia— a no ser que se tenga en cuenta la noción de progreso que subyace al marxismo revolucionario que entiende que la liberación del proletariado comporta *volens nolens*, si bien después de un período desgarrado, la liberación del género humano. Por ello, en ese momento, dejando de lado el periplo ideológico posterior de Friedrich¹², su pacifismo se traduce en medidas —junto a lo que podríamos llamar, en razón de la brevedad, lucha ideológica y educacional— que van desde la resistencia a la movilización y la huelga general revolucionaria contra el capitalismo «causa de todas las guerras» a la revolución armada incluidos los actos de sabotaje.

¹¹ En 1911 Friedrich, con diecisiete años, se afilia al Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Rehusó alistarse en el ejército y por ello fue internado en un sanatorio mental cuando estalló la guerra. En 1917 fue encarcelado por un acto de sabotaje que él justificó como «gran acto patriótico». Excarcelado en tiempos de la revolución alemana de noviembre de 1918, tomó parte activa en el movimiento revolucionario que siguió a la abdicación del Káiser y a la rendición de Alemania que puso fin a la guerra. Asimismo, fue partícipe del *Freien Socialistischen Jugend* en Berlín, movimiento formado por Rosa de Luxemburgo y Karl Liebknecht en Pascua de 1916. Durante el fluido y turbulento período que siguió a la revolución bolchevique de octubre en Rusia, Friedrich participó en los numerosos grupos partidarios y extrapartidarios que se formaban y transformaban con facilidad. En 1919 cambió su participación en el *Freien Socialistischen Jugend* por la Juventud Socialista Proletaria afiliada al Partido Socialista Independiente Alemán (USPD), del que también formaron transitoriamente parte Rosa de Luxemburgo y los Espartaquistas. Por fin en abril de 1920, a partir del USPD, se unió a un grupo de juventudes obreras comunistas afiliado al Partido Obrero Comunista de Alemania (KAPD).

¹² Posteriormente derivó hacia el anarquismo comunitario, afiliándose por último, después de la Segunda Guerra Mundial, al Partido Socialista Francés.

Recordemos tan sólo algunos de los textos que Lenin escribió en el contexto de la guerra mundial. Si recurro a Lenin es porque, en definitiva, su doctrina era en lo fundamental la establecida y reconocida por la II Internacional antes de la guerra en los congresos de Stuttgart (1907), Copenhague (1910) y Basilea (1912). Después Lenin no hizo sino recordar que gran parte de la socialdemocracia europea había traicionado tales principios al declararse la contienda. Friedrich, por su militancia desde 1911 hasta ese momento, debía conocer, y en cualquier caso aceptaba en la práctica, dada su afiliación, esa doctrina¹³. Pues bien, también Lenin afirma que la burguesía alemana engaña a «las masas trabajadoras» cuando afirma que la guerra es para «defender la patria, la libertad y la cultura» y por eso lucha contra el zarismo reaccionario que somete a los pueblos; de la misma manera que la burguesía inglesa y francesa las engaña al afirmar exactamente lo mismo y por ello justifican una guerra defensiva frente al «militarismo y despotismo alemán»¹⁴. Hasta aquí no hay gran diferencia con Jünger cuando, recordemos, constataba críticamente que «en esta época no hay ningún poder que se atreva a confesarse como atacante y que no se ocupe en que se le capte combatiendo en una guerra de defensa, cuya finalidad no es a fin de cuentas la victoria, sino la paz, el progreso, la civilización...» Pero Jünger también afirmaba, recordemos de nuevo, que si bien la guerra se presenta como algo respecto a lo cual es preciso rechazar participación y responsabilidad alguna, ello no impide que se la sostenga con todos los medios. Y ese es el caso de Lenin, afirmando un cosmopolitismo que necesariamente alienta la guerra, pues «la sola guerra verdaderamente liberadora» es «la guerra civil contra la burguesía, la del país “propio”, así como la de los países “extranjeros”». Por ello denuncia el olvido por

¹³ El congreso de Stuttgart estableció la resolución de que los socialistas debían en la eventualidad de una guerra utilizar la crisis abierta para sublevar las masas proletarias y derrocar el capitalismo. Lenin participó con Rosa de Luxemburgo en la comisión que redactó dicha resolución sobre «El militarismo y los conflictos internacionales». Los posteriores congresos de Copenhague y Basilea no hicieron sino ratificar y precisar esa resolución. Ya que he nombrado a Rosa de Luxemburgo, véase en la nota 11 cómo la evolución partidaria de Friedrich es similar a la de ella.

¹⁴ Lenin, «La guerra y la social democracia rusa (1914)», en V. I. Lenin, *Obras Escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, vol. I, 1970, págs. 637 y sigs.

parte de la II Internacional de las afirmaciones del *Manifiesto Comunista* donde, dice, el aserto de que los proletarios no tienen patria equivale a «admitir la necesidad de la guerra revolucionaria de los proletarios de todos los países». Ese rechazo de la guerra que, a la vez, no sólo la alienta, la prepara y aun la considera necesaria histórica y moralmente, es el que le hace oponerse incluso a ciertos partidos socialdemócratas (de Holanda, Escandinavia y Suiza) que, alejados de las justificaciones chovinistas de la contienda, proponían que en el programa mínimo de la socialdemocracia se sustituyese la reivindicación de la milicia o el ejército populares por la del desarme¹⁵. Del mismo principio se deduce su crítica feroz, poco antes de acabar la guerra, a que la manera inmediata de acabar con ella fuera *clavar la balloneta en tierra*, es decir: «la negativa de los soldados de una sola de las partes a continuar la guerra, o el simple cese de las hostilidades por una de las partes beligerantes»¹⁶.

Ahora bien, lo que nos interesa subrayar aquí es lo que une en este punto posiciones tan alejadas entre sí como las de Friedrich, Lenin y la socialdemocracia radical por un lado, y el pensamiento demócrata liberal burgués por otro. Recuérdese de nuevo que Jünger atribuía a la ideología del progreso, y a su corolario de la defensa de la civilización, ser la responsable no ya de la destructividad sin límite de la guerra técnica moderna, sino de su crueldad y xenofobia. Como hemos visto, tanto Friedrich como Lenin también desmienten que ninguno de los contendientes estén defendiendo la libertad y la cultura, o que luchen de un lado contra el zarismo *por ser* reaccionario, o de otro contra Alemania *por ser* militarista y déspota. Sin embargo, también ellos fundan

¹⁵ Lenin, «El programa militar de la revolución proletaria» (redactado en 1916, publicado en septiembre 1917), en V. I. Lenin, ob. cit., vol. I, págs. 758 y sigs.

¹⁶ Lenin, «Resolución sobre la guerra» en *VII Conferencia (de abril) de toda Rusia del POSDR (b)* (1917), en V. I. Lenin, ob. cit., vol. 2, página. 112. No puede considerarse una objeción a lo dicho los avatares de la paz de Brest-Litovsk, donde Lenin constantemente defendió que Rusia aceptaría las más duras reparaciones y condiciones territoriales impuestas por Alemania con tal de que cesara la guerra. Pues una cosa son las posiciones de principio como las expuestas y otra las constricciones de la coyuntura histórica (en este caso el agotamiento de la joven república soviética y su misma posibilidad de supervivencia). De hecho los «comunistas de izquierda», como Trotski y Bujarin, se negaban a firmar la paz en tales condiciones.

la necesidad de la guerra, de la única guerra justa por liberadora, en la categoría de progreso. Así, no es sólo que «los socialistas no pueden declararse adversarios de no importa que guerra sin cesar de ser socialistas», sino que la justificación de la política de rearme contra el «pacifismo burgués» —con vistas a desatar guerras revolucionarias sin cuento— «resulta de todo *la evolución objetiva* del militarismo capitalista y es prescrita por esta evolución»¹⁷. Es el progreso el que empuja a esta «misión histórica universal»: si «los trusts y el trabajo de las mujeres en las fábricas marcan un progreso... nosotros no queremos volver atrás, al artesanado, al capitalismo premonopolista, al trabajo de las mujeres en su domicilio... ¡Adelante!...» El caso es que el mismo razonamiento, afirma, es aplicable a la militarización total. Si la burguesía imperialista militariza incluso a la juventud, si militariza todavía más mañana a las mujeres, «debemos decir al respecto: ¡Mucho mejor! ¡Que se den prisa!... Mujeres y niños de trece años combatieron durante la Comuna al lado de los hombres. No puede ser de otra manera en los combates venideros para derrocar a la burguesía»¹⁸. Y así las madres dirán a sus hijos: «pronto serás mayor. Te darán un fusil. Tómallo y aprende cómo debe ser el oficio de las armas. Es una ciencia indispensable para los proletarios»¹⁹.

Escribe Lenin páginas cuya vehemencia quizá hayamos olvidado. Al releer después de décadas estos textos quizá lo más impactante sea ese estilo descarnado y contra la corriente, en concordancia con aquel perfil afilado cortando el viento, tal y como lo conmemoraban las miles de estatuas de pesada fundición hoy derribadas. Pero volvamos a Friedrich y al libro *¡Guerra a la Guerra!* Recuérdense su apelación a las madres de todos los países para que alejaran a sus maridos e hijos del oficio de la guerra. Añadamos ahora que entre lo que calificué de lucha educacional o ideológica Friedrich recomendaba luchar contra «el capitalismo dentro de vosotros mismos» y educar a los hijos de manera que objetaran el servicio militar. Advertía que la «madre que canta una canción militar al hijo lo prepara para la guerra», «que el padre que le regala soldados de juguete moviliza en el niño la idea de la guerra», que el sable de ma-

¹⁷ Lenin, «El programa militar de la revolución proletaria», ob. cit., vol. I, pág. 762.

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 763.

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 764.

dera se convertirá en bayoneta de acero, que el gorro de papel un día se trocará en casco de acero, en fin... que «el soldado de juguete es el Judas que uno mismo lleva a casa, la traición a la vida humana»²⁰. Sin embargo, vemos que el bucle se cierra hablando no de *la vida humana*, sino de los intereses del proletariado que, empujado por el progreso objetivo del capitalismo, expende el pagaré a largo plazo —por cierto, podemos decir ahora que nunca cobrado— de la liberación de la humanidad. En el intermedio —es innecesario insistir en que no ha habido tal— la política de militarización de la vida social (y la militarización de la política) debe «hacer posibles e inevitables, primero, las insurrecciones y las guerras nacionales revolucionarias; segundo, las guerras y las sublevaciones del proletariado contra la burguesía; tercero, una fusión de estas dos formas de guerras revolucionarias, etc.»²¹.

Quizá lo más intranquilizador y premonitorio sea ese último y discreto «etcétera» de la cita. Lenin ridiculiza con su estilo punzante y arrebatador el que la gran guerra «provoque en los socialistas cristianos reaccionarios y los pequeños burgueses llorones únicamente el espanto y el horror, repulsión por cualquier empleo de las armas, por la sangre, la muerte, etc.»²² Recordemos que se refiere a una guerra donde en la batalla de Verdun ambos contendientes acumularon, en una franja de 9 kilómetros, entre 600.000 y 650.000 bajas de febrero a junio de 1916; que en la batalla del Somme de julio a noviembre del mismo año, en la que Jünger participó como oficial, los ingleses lograron penetrar 8 kilómetros a costa de una masacre que dejó sin vida a más de un millón de hombres; una guerra donde la ofensiva de abril de 1917 del general francés Nivelle rompió las líneas alemanas penetrando 10 kilómetros en profundidad a cambio de sufrir 200.000 bajas en quince días; donde los ingleses en Paschendaele, por 11 kilómetros de tierra baldía conquistada, perdieron cerca de medio millón de bajas...²³ Una guerra cuyo ensañamiento y horror fue minuciosamente descrito por Jünger en su libro *Tempestades de Acero* y de la que nos dice en su texto «El último acto», publicado en *El rostro de la*

²⁰ E. Friedrich, *Krieg dem Kriege!*, ob. cit., pág. 26.

²¹ Lenin, «El programa militar de la revolución proletaria», art. cit., ob. cit., pág. 762.

²² Loc. cit.

²³ Cfr. E. Ucelay-Da Cal y F. Veiga, «El fin del milenio (Un siglo de

Guerra Mundial, que el fuego de exterminio en los momentos de apogeo de la guerra de material podía aniquilar por entero un batallón sin que el propio estado mayor supiera cómo había ocurrido hasta deducirlo al final de la contienda por los informes del enemigo o por las cartas de algún prisionero.

Quizá pueda ahora comprenderse mejor por qué Jünger afirma que la ideología del progreso —incluso en su forma menos coloreada de rosa del bolchevismo, que no tuvo responsabilidad alguna en aquel volcánico enfrentamiento, aunque anunciaba el mundo que hemos vivido—, «le dio a los poderes combatientes el mejor motivo para una intensificación del enfrentamiento desconocida hasta entonces». Pues el mismo concepto de enemigo se transmuta al «menospreciar al adversario para así poderlo combatir con buena conciencia». De manera que ahora la guerra es sin cuartel, dado que el enemigo no se reconoce como el que tiene intereses antagónicos, sino «como el enemigo de la especie humana en último análisis».

Por ello Jünger crítica la retórica de los pacifismos de diferente estirpe que pueden oponerse entre sí como aquello que tiene comunidad de género. Piensa que la paz efectiva no puede depender de un lenguaje que por su vacuidad e ineficacia puede producirse con la misma facilidad que las metralletas y los gases venenosos. Mejor reconocer las diferencias, los diferentes intereses, calibrar los poderes respectivos, que en el momento que escribe son pensados como los de los diferentes Estados-nación si bien él habla en ocasiones de pueblos. Por ello afirma que «al destino de los pueblos lo sirve mejor un espíritu viril que conoce sus propias fronteras y sabe respetar la de los demás... que quien mantiene una falsa imagen de la igualdad como fundamento de la realidad»²⁴.

Cierto es que los textos de Jünger de aquella época, su «realismo heroico» —por utilizar su propia expresión— rezuman un ambiguo militaritarismo que produce desazón a los que no pertenecemos a la *bildung* que es la suya. Esa ambigüedad fue reconocida incluso por el Jünger anciano: lo que en su plena madurez le angustiaba, en su juventud

miedos apocalípticos. 1914-1989)», en *Historia Universal*, vol. 12, Barcelona, Planeta, 1995, pág. 51.

²⁴ E. Jünger, *Hier Spricht der Feind. Kriegserlebnisse unserer Gegner*, Berlín, Neufeld & Henius Verlag, 1931. págs. 12 y sigs.

le fascinaba²⁵. Pero no es menos cierto, que más allá de su actitud frente al mundo descrito y analizado, sus análisis son penetrantes, vistos desde hoy ya vencido el siglo que diagnosticó, y ayudan a pensar el mundo que hemos heredado.

¿No es tremendamente actual su aserto de que ningún poder se atreverá a presentarse como atacante y que todos tiene buen cuidado en justificar el empleo de las armas en tanto defensa de la paz, el progreso, la cultura y la civilización? Ciertamente es que en la década de los años 20 al 30 el evolucionismo —una manera peculiar de pensar el progreso propia de la antropología empírica— es una imagen todavía tan poderosa que se habla de «cultura» y «civilización» en singular, pues la diversidad cultural se entiende reducida a la diferente participación de los pueblos o las sociedades en los estadios progresivos de un proceso cultural y civilizador unitario. Hoy nadie evita la 's' del plural y se impone hablar de culturas y civilizaciones. Ello ha producido, y renovadamente produce, un tipo de guerras donde la legitimación se trueca en la defensa de *una* cultura o *una* civilización frente a otras agresoras; si bien todavía persiste en ocasiones el aserto —cuando de guerras de la gran superpotencia occidental y sus aliados se trata— acerca de la defensa del progreso y la civilización en singular. Es verdad que la teoría política liberal clásica se sustentaba en un oculto supuesto engañoso: se afirmaba que la sociedad política era el fruto —o podía entenderse según el modelo de— de un pacto o contrato que abría un espacio de relaciones simétricas entre sujetos iguales donde éstos podían satisfacer sus necesidades, ejercer su libertad y garantizar su seguridad; pero lo no dicho era que tales sujetos se suponía que eran los varones adultos, blancos, cristianos, con cierto grado de riqueza. Por tanto, aquel universalismo abstracto llevaba aparejado en la teoría y en la acción política poderosos mecanismos de exclusión. Sobre esa componente oculta, pero realmente excluyente de las democracias occiden-

²⁵ En la carta-prólogo que Jünger escribiera para la edición española de Sánchez Pascual de *Sobre el dolor* (Barcelona, Tusquets, 1995) afirma: «a todos los ensayos [«Fuego y movimiento» (1930), «La movilización total» (1930) y «Sobre el dolor» (1934)] les es común la discusión con el progreso, en especial con la prepotencia de la técnica, la cual está avasallando nuestro siglo en todos los terrenos en una secuencia cada vez más rápida. En estos ensayos *fue visto con anticipación*, creo, algo que en *aquel entonces nos fascinaba* y que *hoy más bien nos angustia*». La cursiva es mía.

tales, hemos visto insistir al Jünger de los años 30 disparando contra el falso cosmopolitismo. Pero no es menos cierto que cuando los excluidos se han apropiado de dicho lenguaje democrático, para volverlo contra sus proponentes y enfrentarlos con su engaño, demasiado a menudo se ha convertido de otra manera en dispositivo de nuevas exclusiones so capa de defender la cultura, la civilización... secularmente oprimidas. Sobre este punto volveré de inmediato.

Antes hay que decir que alguien tan distante ideológicamente de Jünger como Hobsbawm afirmaba recientemente que en este siglo nunca los gobiernos han ido a la guerra, aunque traten de legitimarlas popularmente construyendo su justeza, por otras razones que no hayan sido sus propios intereses nacionales. Si admite alguna excepción, las reduce al caso de los regímenes revolucionarios, tipo en que incluye tanto a la antigua URSS como a los Estados Unidos, poder que se suele olvidar también proviene de una revolución; pero Hobsbawm inmediatamente añade: «pero muy pronto también estos regímenes, apenas consiguen consolidarse, adoptan en política exterior actitudes propias de los Estados, y actúan con miras a sus intereses nacionales»²⁶. En lo que atañe a la guerra y la paz (significativamente ése es el título del capítulo que abre un libro que quiere hablar del siglo xx), el historiador marxista afirma que, querámoslo o no, la Guerra Fría tuvo el efecto global de estabilizar grandes zonas del planeta —salvo los conflictos limitados que ajustaban y medían los espacios estratégicos de influencia—, evitando el crecimiento exponencial de las masacres de las dos grandes guerras (pagando, es cierto, el precio de regímenes como los Suharto en Indonesia o de Kim Il-Sung en Corea del Norte). Lo cual no es más que el resultado de una óptica pareja a la que Jünger afirmaba: dejarse de empalagosas chácharas, atenerse a la lógica de la movilización total, equilibrio del poder militar, conocer las propias fronteras y reconocer las de los demás.

Pero el mundo que ahora habitamos, o mejor, el mundo en trozos que ahora vivimos, ya no es el de la Guerra Fría.

²⁶ E. Hobsbawm, *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2000, pág. 33. Hay, por cierto, cierta diferencia entre los textos de Lenin escritos al principio de la guerra del 14 y los escritos sobre la guerra con la revolución triunfante. Así, en *El programa militar de la revolución*, apelando a la autoridad de Engels en carta a Kautsky de 1882, afirma «la posibilidad de “guerras defensivas” del socialismo ya vencedor», ob. cit., página 761.

Observamos después de la práctica desaparición de la URSS, en tanto gran potencia ideológica y militar, que grandes zonas del planeta son zonas sin Estado. Las encontramos en grandes espacios de África, en algunas de las repúblicas mayoritariamente musulmanas antes soviéticas, en el norte de India, de Afganistán, en Filipinas, incluso en los Balcanes, el Cáucaso y un largo etcétera que incluye grandes zonas de Estados como Colombia. De tal manera que uno de los grandes problemas del siglo venidero es «la interacción entre un mundo en el que existe el estado y otro en el que no lo hay»²⁷. En este punto coinciden gentes como Hobsbawm y Michael Ignatieff. Pero para lo que nos ocupa lo relevante es que en esas zonas, que pronto sufren un agudo proceso de desintegración social y política, si bien en principio aparece la justificación de la defensa de una cultura o civilización secularmente oprimida, de hecho pronto dominan los señores de la guerra en forma de bandas militares cuya finalidad, al cabo, ya no puede concebirse como política. Por eso, en las guerras, más allá de los Estados, «la distinción entre enfrentamiento bélico y barbarie carece de sentido»²⁸.

Para los que hemos sido educados moral y políticamente en el tipo de pacifismo de Friedrich, incluidos sus supuestos más o menos velados —pacifismo que todavía resuena oscura y lejanamente en nuestra conciencia «espontánea» a la vista de la magnitud de los horrores de las guerras del siglo entre los Estados— la afirmación de Ignatieff es provocativa y desazonadora. Más aún cuando, en óptica jüngeriana, no sé si inconsciente, escribe que «por paradójico que parezca» la policía y los ejércitos del Estado-nación son las únicas instituciones eficaces que hemos sabido inventar para controlar la violencia humana. Por mi parte, creo que tal cosa sólo parece paradójica a los que hemos vivido en la cultura que deriva de los primeros tiempos de la II Internacional y de la revolución bolchevique y sus efectos. En cualquier caso, algo deberemos pensar, más allá de la mera afirmación de que toda guerra es cruel e indeseable, cuando buena parte de nuestros dilemas morales consiste en estar permanentemente enfrentados a multitud de conflictos totalmente desregulados a cuya justificación defensiva (de la

²⁷ E. Hobsbawm, ob. cit., pág 54.

²⁸ M. Ignatieff, *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, Madrid, Taurus, 1999. pág. 151.

cultura, de la nación... oprimidas) se une aquella ferocidad xenófoba, fría y maligna, que desprecia de forma absoluta e inclemente al enemigo, de la que hablaba Jünger. Algo deberemos repensar cuando, en este punto, una y otra vez nos vemos confrontados a la contradicción ínsita en el punto de vista democrático liberal radical (no olvidemos que para los angloparlantes de América «liberal» tiene un sentido diferente, y en ciertos aspectos opuesto, a lo que significa para los europeos): por una parte, el principio cosmopolita «nada humano me es ajeno» nos empuja desde el punto de vista moral a intervenir en tales conflictos; por otra, nos prohibimos emplear la contundencia y la fuerza militar necesaria que obtendría la victoria en la intervención. Unos nos lo prohibimos porque la guerra nos horroriza en exceso, a la vista de los efectos de las grandes guerras imperialistas (que incluyen las dos mundiales y también conflictos como la guerra ruso-japonesa o la guerra de Indochina). Otros, porque consideran extremadamente costoso sufragar los gastos de una intervención militar suficientemente dotada como para conseguir una conclusión exitosa.

El caso de la antigua Yugoslavia, de Bosnia y Kosovo, es ilustrativo de ambos aspectos. Por un lado, la izquierda europea y americana se dividió respecto de qué hacer, no sólo sobre si la intervención estaba bien planteada técnica, política y militarmente, sino sobre si era conveniente intervenir militarmente en absoluto. Otros —el ejemplo es de Hobsbawm— porque creían que el gasto que suponían unos 65.000 soldados, aproximadamente el mismo número que necesitaron los ingleses para gobernar todo el subcontinente indio, era intolerable. En este punto, sin embargo, pienso que algo menos visible aunque decisivo, algo por cierto en lo que Jünger se equivocaba, es del todo relevante.

En efecto, en la *Introducción* al fotolibro *Aquí habla el enemigo. Vivencias de la guerra de nuestros adversarios* que hemos comentado, al afirmar que todas las épocas habían tenido sus guerras, aunque ninguna de ellas había imaginado al enemigo de forma tan rastrera como la nuestra, Jünger añade «y la muerte no significa ahora más que entonces». Parece desprenderse aquí una concepción ahistórica y transcultural del valor de la vida. Con todo, si atendemos a otros escritos de la época, es opinión de Jünger que en la era del dominio de la técnica se produciría cada vez más un *tipo* de jefe y de soldado «más duros», «que miran las cosas sin que las irradiaciones del dolor les afecten», un tipo de ejército que piensa que hay «cosas más importantes que el dolor» y que concibe

que «únicamente a la vista de la muerte es posible “vivir eternamente”»²⁹. Lo cual, para Jünger, no es sino el correlato en la época de la técnica de la progresiva objetización de las personas singulares, objetización que comporta una progresiva incorporación tanto del dolor a la esfera de la vida, cuanto una creciente capacidad de resistencia al mismo. No obstante, al punto que hemos llegado no es a unos ejércitos anestesiados, sino hipersensibles al dolor y la muerte. Ahora bien, esa hipersensibilidad al dolor, esa incapacidad de «que la vida sea capaz de distanciarse de sí misma, o, dicho con otras palabras, de sacrificarse»³⁰, es precisamente propia de las sociedades hipermodernas donde Jünger pensaba que ocurriría lo opuesto. Ocurre, sin embargo, lo contrario: son los ejércitos de los señores de la guerra los que han desarrollado una, para nosotros, pasmosa capacidad de resistir el dolor y sacrificarse mortalmente. Hoy cuando la OTAN actúa —ocurió en la Guerra del Golfo y en la intervención de Estados Unidos en Somalia— el número prefijado de bajas aceptable en combate es cuantitativamente tan bajo que resulta abismalmente incomparable con, recuérdese, las batallas de Verdún o del Somme. Y en este punto creo que confluyen tanto los que tenemos una resistencia moral «espontánea» a las intervenciones militares, cuanto los que hacen cuentas del gasto y en función de ello deciden el tipo de intervención. Unos, porque teniendo una valoración de la vida del todo diferente a la vigente en la zona de conflicto nos produce repugnancia un derroche de sangre y vidas como el que fue necesario en el desembarco de Normandía; otros, porque teniendo en cuenta esa misma valoración de la vida en las democracias avanzadas, no están dispuestos ante sus ciudadanos a pagar el precio político que supondría.

Con todo, podemos extraer alguna enseñanza provechosa del Jünger de la época para aplicarla cuando se trata de pensar los dilemas que plantea la intervención en ese tipo de guerras propias de las zonas sin Estado. Es llamativo que haya textos donde Ignatieff y Jünger coinciden extraordinariamente cuando se trata de analizar la actitud moral del combatiente de la época del dominio de la técnica. En la excelente película de Bertrand Tavernier sobre la gran guerra del 14,

²⁹ E. Jünger, *Sobre el dolor*, ob. cit., págs. 60, 65 y 67. *Sobre el dolor* es tan sólo dos años posterior a los dos volúmenes de *El rostro de la guerra*.

³⁰ *Ibíd.*, pág. 58.

Capitán Conan, éste le espeta a su amigo el joven teniente —de civil, profesor de letras de un liceo— la diferencia entre un soldado y un guerrero. El soldado es el que dispara a ciegas su artillería o el fusil sin ver el destinatario de su fuego, ni saber su efecto; el guerrero es aquel que ve la pupila de su enemigo cuando lo mata clavándole el cuchillo.

Es éste un asunto omnipresente, aquí y allá, en la obra de Jünger. En *El Trabajador. Dominio y Figura* invita a considerar las diferencias que existen entre, por una parte, los antiguos iconoclastas e incendiarios de iglesias y, por otra, el elevado grado de abstracción que permite que un artillero de la guerra del 14 considere una catedral gótica como un hito del campo de tiro³¹. Ignatieff afirma en su libro que «la tecnología moderna ha ampliado la distancia moral y geográfica» que separa al soldado de su enemigo y se pregunta qué tipo de sentido del honor puede vincular al técnico que lanza un misil a grandes distancias de su impacto³². Cierto, que el ejemplo tiene su contexto —debido al tipo de arma señalada— más en el ámbito de las confrontaciones entre ejércitos convencionales que en los ejércitos irregulares de los señores de la guerra; aunque ese tipo de arma, según sea su potencia y alcance, también se utiliza con profusión en tales casos. Pero la cuestión relevante a que alude no es ésa, sino el perenne asunto de la precariedad del humanitarismo abstracto basado en un frágil concepto de fraternidad, dada una época en la que las relaciones humanas son sumamente abstractas. Escribe Jünger que se posee una relación concreta con el ser humano cuando la muerte del amigo provoca un sentimiento más profundo que la noticia de que una catástrofe natural ha producido miles de muertes a miles de kilómetros; que «la historia del humanitarismo abstracto comienza... con consideraciones como, por ejemplo, la de si matar un enemigo concreto en París es más inmoral que matar, apretando un botón, a un desconocido mandarín en China»³³. En lo que refiere a la guerra quizá sea ésta la enseñanza que Jünger pretende con su escalofriante relato «El último acto», publicado en *El rostro de la Guerra Mundial*. El lector debe atender al ritmo de la descripción de las atrocidades y, cómo, de súbito, la narración cambia de sentido, de tono, de in-

³¹ E. Jünger, *El Trabajador. Dominio y Figura*, Barcelona, Tusquets, 1990. pág. 152.

³² Ignatieff, M. ob. cit., pág. 151.

³³ E. Jünger, *El Trabajador*, ob. cit., pág. 276.

tensidad. Se narra allí cómo la unidad de Jünger fue por completo aniquilada, salvo escasos prisioneros, en Combles; la buena fortuna del autor fue ser herido y evacuado justo antes de que empezara la batalla decisiva. El final del relato lo constituye el informe que Schmidt, su ayudante de campaña, le hace después de la guerra. Hombres agazapados en increíbles pozos de tirador, volcánicas olas de fuego de exterminio cayendo en la noche hora tras hora sobre las posiciones, paisajes cuya configuración cambia debido al fuego artillero masivo, progresiva desaparición de los compañeros de unidad sepultados vivos y muertos bajo los movimientos de tierra de las explosiones; por fin, al alba, los pelotones de asalto ingleses, el polvo y el humo altera la visión, los pocos supervivientes al fuego artillero de la noche van muriendo por efecto de las granadas y tiros de fusil de los asaltantes. Schmidt cae abatido a causa del impacto de un casco de metralla en la cabeza, pierde también tres dedos de la mano. Yace aplastado contra la tierra, boca abajo, aún oye explosiones de bombas de gas y granadas que pretenden acabar con los supervivientes de las posiciones recién conquistadas. Percibe los tiros de fusil a ras de tierra que tienen por objeto «despreocuparse por completo de la suerte de los heridos» y, al cabo, la aparición de la terrible figura del *nettoyeur* armado de pistola y puñal, cumpliendo la misión de rematar a los heridos que quizá en un último esfuerzo pueden disparar de improviso al creerseles cadáveres inofensivos. Schmidt aún recibe un disparo más, no se mueve, no muere, se le abandona y da por muerto allí tendido, ensangrentado. Pasan algunos desvalijadores de cadáveres, sigue quieto. Ya han pasado muchas horas, la batalla empezó por la noche... «Hacia las siete de la tarde, sin embargo, un camillero inglés le ayudó a levantarse y le vendó. También le socorrió un oficial inglés que, a pesar de la gran escasez de agua, le permitió que la usara para limpiarse las manos. Por último, se lo transfirió a un soldado que tenía una herida superficial, el cual le condujo a uno de los lugares en que se atendía a enfermos»³⁴. Con estas líneas acaba el relato. La exposición fría, de ritmo trepidante, sin rasgo de odio o desprecio hacia el enemigo, de todo ese horror y esa barbarie conexas (tiros de gracia, el *take no prisoners*, expolio de cadáveres...) se contrapuntúa, de súbito, con unos comportamientos im-

³⁴ E. Jünger, "El último acto", en N. Sanchez Durá (ed.), *Ernst Jünger: Guerra, técnica y fotografía*, ob. cit., pág. 142

previsibles cuya lectura proporciona cierto sosiego, incluso consuelo. Y ello porque el camillero que vanda, el oficial que ofrece algo de la escasa agua para satisfacer no una necesidad animal sino para lavarse las manos, el soldado herido que acompaña al igualmente herido hacia la cura, todas esas imágenes del relato nos sugieren hombres concretos que se relacionan con hombres concretos cuyo comportamiento piadoso resulta verosímil, y su posibilidad esperanzadora, aun en el ámbito del horror.

Tal cuestión, de otra manera, es la que se plantean urgentemente las organizaciones humanitarias que intentan intervenir en los conflictos armados. Ignatieff la refiere a la Cruz Roja Internacional, la cual, por cierto, derivó de la visión insufrible de un campo de batalla: Solferino después del enfrentamiento entre los emperadores Napoleón III y Francisco José de Austria; o mejor: fue el relato de *Un souvenir de Solferino* de Jean-Henry Dunant el que contribuyó a hacer moralmente insoportable no ya la visión de los seis mil muertos y sus despojos esparcidos en el campo de combate, sino la de los miles de heridos de ambos bandos abandonados a su suerte —después de la retirada de los ejércitos— sin ningún tipo de asistencia médica hasta morir en larga agonía.

Hemos visto de continuo cómo esa cuestión se planteaba en las organizaciones humanitarias, también a cada uno de nosotros nos urge una respuesta: el conflicto entre el punto de vista del humanitarismo abstracto y la relación humana concreta. Dicho de otra manera: la tensión entre insistir en que, dado que todas las guerras son malas, lo único que cabe es atajar sus causas para liquidarlas definitivamente, o bien intentar moralizar los conflictos armados. Creo evidente que no podemos renunciar al ideal regulativo de acabar con las guerras y alcanzar la paz perpetua. Pero también me parece evidente, a estas alturas de la experiencia del siglo que acaba de terminar y atisbando el que se avecina, que limitarse *meramente* a reiterar ese ideal —si es que tal actitud nos inhibe de cualquier otra intervención— puede tener el efecto perverso de ser ciegos a magnitudes de daño indecentes en vastas zonas de nuestro planeta. No ocuparse de las guerras y no intervenir en el sentido de la moralización de los que en ellas participan, de los guerreros, especialmente en el caso de los conflictos desregulados, puede llegar a tener el efecto indeseable de la anestesia moral ante el dolor de las personas so capa de grandes abstracciones que expenden pagarés de cobro, por su plazo, demasiado incierto. Intervenciones

que van desde reivindicar y extender las convenciones, reglas y tratados internacionales sobre el desarrollo de la guerra, reactivar y extender los comportamientos propios del honor heroico de los guerreros, hasta desarmar a las milicias, confiscar las armas y promover la formación de policías y ejércitos regulares al mando de oficiales convenientemente formados allí donde no los haya. Quizá todo excesivamente moderado para los pacifistas abstractos.

Lo dicho tiene como supuesto, es obvio, un punto de vista escéptico respecto de un horizonte donde la guerra habría desaparecido por completo. Un escepticismo cercano al punto de vista de Freud después de la primera gran guerra que, es sabido, conmocionó de tal forma al ilustre vienés que de ello se derivó una severa reformulación de su teoría de las pulsiones. En efecto, en 1932 Einstein escribe una carta a Freud invitándole a reflexionar sobre la guerra en tanto «el más imperioso de todos los problemas que la civilización debe enfrentar»³⁵. Su punto de vista general es que las causas sociológicas y políticas difícilmente pueden agotar el porqué de la guerra: «el afán de poder que caracteriza a la clase gobernante» o la existencia de un pequeño grupo «[que ve] en la guerra...nada más que una ocasión para favorecer sus intereses particulares»³⁶ son explicaciones insatisfactorias porque no dan cuenta de un hecho terrible; a saber: el sometimiento de la mayoría a un Estado —el de guerra— que no representa más que sufrimiento, dolor y muerte. ¿Por qué los hombres no huyen en desbandada cuando masas de cientos de miles de ellos son llevados al frente? Si se responde que esas minorías mortíferas usan la prensa, la escuela y la iglesia —lo que afirmaba Friedrich— para manipular y convencer a los que van a morir, esa contestación tampoco satisface a Einstein, pues la pregunta siempre pendiente es: «¿Cómo es que estos procedimientos logran despertar en los hombres tan salvaje entusiasmo hasta llevarlos a sacrificar su vida?»³⁷.

Dos meses después Freud contestó desde Viena la carta de Einstein. Esa carta lleva por título *Warum Krieg?* y en ella acepta el perspicaz punto de partida del eminente físico para pensar la guerra. Es obvio que sintoniza de inmediato con la

³⁵ Einstein, Carta a Freud del 30 de julio de 1932. Freud, *Obras completas*, vol XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1986. pág. 183.

³⁶ *Ibíd.*, pág. 184.

³⁷ *Ibíd.*, pág. 185.

intuición de Einstein de que si el hombre entusiasmado por la arenga política puede someterse voluntariamente a la guerra —eso es lo que nos espanta y desorienta— es «porque tiene dentro de sí un apetito de odio y de destrucción. En épocas normales esta pasión existe en estado latente, y únicamente emerge en circunstancias inusuales; pero es relativamente sencillo ponerla en juego y exaltarla hasta el grado de una psicosis colectiva»³⁸. Pocos años antes Freud, con ocasión de su reflexión sobre la guerra del 14, había reformulado su teoría de las pulsiones instintivas afirmando que éstas no pertenecen sino a dos categorías: las pulsiones eróticas tienden a conservar y a unir, la pulsión de muerte a destruir, desunir, apoderarse y matar. De tal manera que dicha teoría pone de manifiesto la radical ambigüedad que nos constituye ontogénica y filogenéticamente, pues —esto es esencial— pulsiones eróticas y pulsiones de muerte nunca actúan aisladamente en oposición simple sino, antes bien, siempre fusionadas y entreveradas (la pulsión de autoconservación es sin duda erótica, pero precisa de la pulsión de agresión para efectuarse). En fin, todas las manifestaciones de la vida surgen de la acción conjunta y antagónica de ambos principios, lo cual debe prevenirnos —son palabras de Freud— de considerar unas pulsiones «buenas», siendo «malas» las otras.

Llegado a este punto, Freud no deja de debatirse contra su pesimismo respecto al destino de la guerra. Es especialmente interesante el análisis retórico del texto, la cantidad de oraciones adversativas que contienen las últimas páginas de su *Warum Krieg?* De todas las maneras, intenta convencerse de la posibilidad y formas de acabar con las guerras, y tantas otras veces su pensamiento crítico le ofrece razones para el escepticismo, «sí, pero...», «cierto es que... aunque sin embargo...» Considera que ciertas personas predican que sólo el triunfo general del bolchevismo podría erradicar la guerra, pero piensa: «aún nos encontramos hoy muy alejados de ese objetivo», y lo que es peor «sólo podríamos alcanzarlo a través de una terrible guerra civil»; considera también la propuesta de que tal proyecto político pueda «eliminar la agresión humana asegurando la satisfacción de las necesidades materiales y estableciendo la igualdad entre los miembros de la comunidad», pero lo considera una «ilusión»: «por ahora están concienzudamente armados y mantienen unidos a sus parti-

³⁸ Loc. cit.

darios, en medida no escasa, por el odio contra todos los ajenos»³⁹; una liga supraestatal con un poderío autónomo suficiente que regulara los conflictos internacionales ante cuyo poder central las naciones se atuvieran a su arbitrio se enfrenta con la dificultad de esa cesión de soberanía por parte de los Estados y con la pujanza de los nacionalismos tal y como muestra el reciente caso de la Liga de las Naciones; unas elites dirigentes «que hubieran sometido su vida instintiva a la dictadura de la razón», le sugiere la imagen de «molinos que muelen tan despacio que uno se moriría de hambre antes de tener harina»... todo le parece utópico a la vista de la radical ambigüedad constitutiva de los hombres.

Y sin embargo, Freud se pregunta con amargura por qué unos hombres como Einstein y él se indignan tanto frente a la guerra, por qué no se la acepta como una miseria más de las muchas que nos depara la vida, pues «parece natural; biológicamente bien fundada; prácticamente casi inevitable». La respuesta a estas preguntas es contundente: «la causa principal por la que nos alzamos contra la guerra es porque no podemos hacer otra cosa. Somos pacifistas porque por razones orgánicas debemos serlo»⁴⁰. La respuesta es acorde con su teoría de las pulsiones, pero precisamente por esa razón su pacifismo es, con todo, desesperanzado. En efecto, la evolución cultural —rehúye explícitamente el término «civilización»— comporta modificaciones orgánicas debido a las modificaciones psíquicas que conlleva: en lo fundamental, consisten en una limitación de las tendencias instintivas y en un progresivo desplazamiento de los fines instintivos y su satisfacción. Ello explica por qué el placer y el dolor son variables históricamente, cuanto menos en ciertos aspectos sustanciales; ello da cuenta, también, de nuestras variaciones éticas y estéticas. El desarrollo cultural domina —de forma paulatina, aunque no lineal— intelectualmente la vida instintiva y, lo que es más importante en este caso, supone interiorizar las tendencias agresivas. Precisamente, nos alzamos contra la guerra porque ésta, de forma violenta y abrupta, niega esas actitudes psíquicas impuestas por el proceso de cultura. Pero ese rechazo a la guerra no es meramente intelectual o afectivo, sino que «en nosotros, los pacifistas, se agita una intollerancia constitucional... una idiosincrasia magnificada al má-

³⁹ S. Freud, *Obras Completas*, vol VIII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1974, págs. 3211 y 13.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 3.214.

ximo. Y parecería que el *rebajamiento estético implícito en la guerra contribuye a nuestra rebelión en grado no menor que sus crueldades*»⁴¹.

La última frase es realmente magnífica al mostrar cómo el pensamiento de Freud es todo menos un pensamiento co-barde, melifluo; es inevitable no captar en ella la fragilidad de la respuesta en lo que respecta al horizonte de la desaparición de la guerra. Pues esa repulsa, esa idiosincrasia magnificada al máximo, Freud la piensa como propia de algunos hombres —«usted [Einstein] y yo, y tantos otros»— pero no de todos los hombres. Es más, igual que Jünger aunque quizá por razones teóricas diferentes, y también debido a su teoría pulsional, Freud parte de la premisa de que «hay una desigualdad innata e irremediable» entre los hombres, donde los subordinados, los que necesitan una autoridad que tome decisiones por ellos, son inmensa mayoría. El último párrafo de *El por qué de la guerra* es una continua afirmación escéptica respecto a los plazos, al tiempo en que pueda alcanzarse la paz, a que no sea todo una utopía: «por ahora sólo podemos decirnos: todo lo que impulse la evolución cultural obra contra la guerra». No obstante, y este aspecto es fundamental, incluso esa llamada a la evolución cultural es una llamada cargada de escepticismo según su teoría de las pulsiones. Pues, cualquier cosa menos inocente, Freud sabe que la guerra, sus armas, sus modos, sus teorías... también son cultura, a ella «debemos lo mejor que hemos alcanzado, y también buena parte de lo que ocasiona nuestros sufrimientos...su solución, dudosa»⁴². Tanto es así, que Freud no descarta el concepto de guerra justa —«no se pueden condenar todas las guerras en igual medida»—, pues mientras los Estados y naciones se dediquen a satisfacer inescrupulosamente sus intereses, los agredidos deberán «estar preparados para la guerra».

Ahora bien, desde el asunto que nos ocupa, es interesante señalar que aun teniendo en cuenta su escepticismo sobre la posibilidad de una entidad supraestatal, Freud estima que la Liga de las Naciones, a pesar de su fracaso, es «un ensayo pocas veces emprendido en la Historia de la Humanidad y quizá jamás intentado en semejante escala» que debe valorarse. Y el criterio de su valoración parcialmente positiva también deriva de su teoría de las pulsiones en última instancia. Re-

⁴¹ *Ibíd.*, pág. 3.215. La cursiva es mía.

⁴² *Ibíd.*, págs. 3.214 y 3.215.

cordemos que ambas, de vida y de muerte, no eran ni buenas las primeras, ni malas las segundas. Asumiendo nuestra radical e irreductible ambigüedad constitutiva debemos hacerla jugar a nuestro favor e intentar resolver la partida en nuestro provecho. Por ello, un criterio para valorar positivamente una actuación cultural es si ésta supone la construcción de una unidad más amplia que el punto de partida, unidad mantenida por vínculos afectivos, por identificaciones, que religan los individuos que la forman. Hasta tal punto ese criterio es valorado positivamente que Freud, pacifista radical aunque crítico, llega a afirmar que «es preciso reconocer que la guerra bien podría ser un recurso apropiado para establecer la anhelada paz “eterna”, ya que es capaz de crear *unidades tan grandes* que una fuerte potencia alojada en su seno haría imposible nuevas guerras»⁴³. No obstante, pronto muestra de nuevo su escepticismo, pues esa unidad no puede conseguirse sólo por la imposición violenta, sino por la creación de vínculos afectivos, es decir, de identificaciones. Con todo, en este punto se muestra especialmente oscilante, ofreciendo argumentos y contraargumentos, ejemplos y contraejemplos. En el fondo, no quiere abandonar la idea de que si la intervención por la fuerza, «la conversión de la fuerza en derecho», comporta el «establecimiento de entes mayores» en cuyo ámbito quede «eliminada la posibilidad del despliegue de fuerzas, solucionándose los conflictos mediante un nuevo orden legal», entonces la guerra no sería tan indeseable. Y así las conquistas de los mogoles y los turcos le parecen una calamidad, pero la *pax romana* y «la Francia pacíficamente unida y próspera», debida a las tendencias expansivas de los reyes franceses, saludables.

Quizá sea ésta una de las razones por las que Freud añade siempre, junto a todo aquello que establezca vínculos afectivos entre los hombres —ya en el modo de los lazos que nos ligan a los objetos del amor, ya en el modo de los sentimientos de comunidad, de las identificaciones—, el progresivo miedo a la desaparición masiva debido al progreso técnico de la guerra.

La certeza de que el fin de las guerras es imprevisible, de que, en todo caso, están aquí cada vez más presentes en sus formas más despiadadas y crueles, me hace pensar como Einstein ya pensaba en 1932: que las guerras son el problema más imperioso que debemos afrontar. Sin perder de vista la

⁴³ *Ibíd.*, pág. 3.210.

acción política que nos conduzca a la construcción de entidades supraestatales cada vez más amplias, con una fuerza suficiente y un poder de arbitraje real, debemos afrontar las guerras como conflictos donde sufren insoportablemente, no los pueblos o las culturas, sino los seres humanos en tanto personas y, por tanto, actuar en el sentido de su moralización y de la moderación del dolor que comportan. Este punto de vista es cosmopolita, pero no de un cosmopolitismo vacío, por abstracto, al estar basado en un falso concepto de igualdad. Pues no sólo parte de tomar seriamente en cuenta los conflictos locales con el fin de moderarlos y reabsorberlos en una unidad política superior, sino que, a la vez, y esto es esencial, este cosmopolitismo no quiere desandar el camino efectivamente hecho por el siglo; es decir, no quiere quebrar unidades políticas históricamente constituidas —donde se den condiciones públicas de diálogo y de justicia— si es que las diferencias y particularismos se constituyen y muestran en conflictos armados donde sufren dolor y daño moral las personas. Los textos que Ernst Jünger escribió en plena Segunda Guerra Mundial y posteriormente —*La Paz* (1941-1944) y *El Estado Mundial* (1960)— transitan tal dirección. Pero ésa ya es otra historia.

JOAN B. LLINARES Y NICOLÁS SÁNCHEZ DURÁ (EDS.)

ENSAYOS DE FILOSOFÍA DE LA CULTURA

BIBLIOTECA NUEVA

Índice

<i>La idea de cultura</i> , por Gustavo Bueno	9
<i>La cultura es más radical que la razón</i> , por Jacinto Choza ..	41
<i>El concepto de cultura en el pensamiento griego</i> , por Tomás Calvo Martínez	59
<i>Historia subalterna. El giro culturalista en los márgenes del discurso histórico</i> , por Enrique Gavilán.....	81
<i>El concepto de cultura en la antropología social y cultural</i> , por Josep R. Llobera	113
<i>Los tres tipos básicos de cultura y su ordenación jerárquica</i> , por Javier San Martín	131
<i>El ser humano como acontecimiento mediático</i> , por Ernst Wolfgang Orth	151
<i>Cultura para la convivencia</i> , por Salvador Cabedo Manuel .	165
<i>El mito de la Edad de Oro y el Paraíso Celestial en el marco de la filosofía de la cultura</i> , por Octavi Piulats Riu	183
<i>El De Homine de Bacon como antropología filosófica</i> , por Elena Ronzón	199
<i>El concepto de «cultura» en el joven Herder</i> , por Joan B. Llinares	219
<i>El rostro cambiante de la cultura. Para una definición sociológica</i> , por Antonio Ariño	239
<i>¿Hay un fenómeno cultural más allá de lo biológico?</i> , por Antoni Arrufat Mateu	257
<i>Biología y cultura. Darwin como antropólogo</i> , por Mayte Miravet y Vicente Sanfélix	263
<i>Sobre algunas raíces particulares de la razón universal</i> , por Jorge V. Arregui	271
<i>La construcción de Europa y el Espacio Público. Nostalgia de Europa</i> , por Manuel E. Vázquez	287

<i>Guerra y humanidad. A propósito de Das Antlitz des Weltkrieiges y Hier Spricht der Feind de Ernst Jünger, por Nicolás Sánchez Durá</i>	305
<i>¿Podemos juzgar las culturas? Diversidad cultural, filosofía de la cultura y punto de vista moral, por José A. Pérez Tapias</i>	333
<i>La liberación de la mujer como sexualización del pensamiento, por Gemma de Vicente Arregui</i>	359
<i>Género y sexo en la teoría feminista contemporánea, por Elvira Burgos Díaz</i>	369
<i>Evolución de la diversidad cultural en la sociedad global informacional, por Pedro Gómez García</i>	395
<i>Auschwitz, la vergüenza y el sujeto posmoderno, por Julián Marrades Millet</i>	425
<i>Valores, ideal y conflicto, por Josep E. Corbí</i>	433